

III poética

POESÍA, EXISTENCIA, MUERTE

Antonio Gamoneda

Sobre lo que pueda ser la poesía

Tengo algunas convicciones sobre la poesía, que se deduden más de experiencia que de ciencia. Las expondré con temor.

Quiero partir de una obviedad: *La poesía es causa y producción de unos objetos de arte cuya materia es el lenguaje*. Más adelante me dirigiré a otros aspectos de lo que la poesía pueda ser en su naturaleza, en su especie y en sus funciones relacionadas con la existencia.

Yo creo que la percepción de la naturaleza de un objeto de arte corresponde primordialmente a la sensibilidad o, dicho de otra manera: los objetos de arte (incluidos los objetos poéticos) son antes sensibles que inteligibles; o aún más suavemente: son inteligibles bajo condiciones de sensibilidad.

Esta convicción necesita apoyarse en otras quizá anteriores: los hechos artísticos y su fisicidad (también los hechos poéticos y su fisicidad) son inseparables de una energía simbólica. Todo en poesía es símbolo, pero debemos advertir que el símbolo es también una existencia sensible. Lo sé a fuerza de *sentirlo*. El símbolo poético tiene una corporeidad superior a la del signo. No es un convenio; *es, él mismo, una realidad*. En este orden de convicciones no me estorba que el símbolo pueda, aparentemente, no simbolizar nada. No será verdad. Si se trata verdaderamente de lenguaje y pensamiento poéticos, ocurrirá que simboliza algo *que se desconoce*, o que, más simplemente, *se simboliza a sí mismo*. No hay problema; lo importante y dirimente para saber que estamos en poesía es que hayamos percibido *la energía del símbolo*.

Pero volvamos a la fisicidad de la poesía. El lenguaje poético tiene su desencadenante en un impulso que es también de la especie sensible, en un impulso musical. Yo definiendo que *una música es el estado original del pensamiento poético* y aún puedo precisar un poco más: *el pensa-*

POESÍA, EXISTENCIA, MUERTE

miento poético se genera en la confusión profunda de una causa musical y una causa significativa. Así, con-fusión resulta ser fusión privilegiada que puede resolverse —de esto hablaremos más adelante— en revelación, es decir, en palabras que trascienden —y transgreden— los pactos lingüísticos de la palabra normalmente informativa. Empezamos a vislumbrar que la poesía pueda no ser un lenguaje normal.

Poesía y memoria

Nos sentimos en relación con un objeto física y específicamente poético cuando percibimos sus *valores de composición*. Esta percepción se produce en el cauce de la sensibilidad. De la sensibilidad y de la memoria. De la memoria de los sentidos. De ahí que la poesía sea también esencialmente un *arte de la memoria*. En razonable analogía, fijémonos en que no seríamos sensibles a una melodía sin memoria sucesiva de sus partes. En poesía, igualmente, es la memoria la que posibilita la temporalización de la palabra, su conducta musical y su rítmica, es decir, sus cualidades artísticas sensibles. Sigo, pues, opinando que *la música es el estado original del pensamiento poético*.

Pero la memoria, activa más allá de los sentidos, es, además y siempre, conciencia de pérdida (conciencia de lo que ya no está con nosotros o de lo que ya no es); conciencia, por tanto, de consunción de tiempo correspondiente a vida, y, también por tanto, conciencia de ir hacia la muerte. Y esto es verdad (en mí pero no sólo en mí) hasta tal punto que no esconderé una afirmación quizá dura: *la poesía existe porque sabemos que vamos a morir*.

Yo pienso que la poesía, quírase o no, se hace en la perspectiva de la muerte. No es una averiguación complicada; simplemente, sucede. Y sucede sin perjuicio de que esta perspectiva incluya el amor a la vida o que la poesía lleve consigo un pronunciamiento gozoso. En cualquier caso y actitud, el tiempo —la memoria— nos dice que vamos a morir.

No voy a dejar desamparada esta advertencia. Es verdad que, *en todos los casos, incluso cuando está fundamentada en sufrimiento, la poesía tiene su causa y su finalidad en la generación de placer*. Leemos las *Coplas* de Jorge Manrique, las *Baladas* de François Villon o el *Libro de Job* para proporcionarnos algún tipo de placer. Será paradójico, pero sucede. La poesía, en los actos de creación y de recepción, activa neurotransmisores que levantan placer; los mismos neurotransmisores que se activan en el acto amoroso o en la resistencia al dolor. Es un hecho objetivado por la ciencia coetánea. La percepción, sin embargo, es antigua; ese amado y extraño «contemporáneo» que es Aristóteles nos dice: «...no hay que pretender de la tragedia cualquier placer, sino el que le es propio». El que «le es propio» no es otro que el paradójico y contradictorio que vengo diciendo.

De manera deliberada o impensada, la poesía tiende a intensificar nuestra vida mediante una especial forma de placer («el que le es propio»), de modo que la poesía es también el arte de implicar placer en el relato (inevitable) de cómo avanzamos hacia la muerte. Es ilustrativo leer en Leopardi (debo la cita a Jacques Ancet) que «el sentimiento de la nada es el sentimiento de algo muerto y mortal. Pero si ese sentimiento está vivo [...], su vivacidad prevalece [...] sobre la nada de lo que hace sentir».

La causa musical del texto poético suscita y, de algún modo, prefigura su contenido lingüístico, y es en este punto cuando hace su aparición el pensamiento. Fijémonos en que no he dicho que el pensamiento no exista antes de llegar a este punto; lo que he dicho es que es en este momento relativamente avanzado del proceso cuando *se aparece*. Más llanamente: en poesía, yo sólo sé lo que pienso cuando me lo dicen mis propias y ya escritas palabras.

Si esto es así (estoy anticipando reflexiones, mi método expositivo no es muy bueno), aunque el pensamiento sea siempre actividad creadora de conocimiento, sucede que el pensamiento poético no procede de reflexión o investigación ni es deducido en modo deliberado de otro pen-

samiento preexistente (salvo la mala —mejor: falsa o inexistente— poesía), sino que (sigo anticipándome), se manifiesta en términos de lo que me atrevo a llamar *revelación* (nada que ver esta «revelación» con la transcendencia). Tendríamos así que, así como la comunicación del pensamiento reflexivo, analítico o meramente conductor de observaciones empíricas es de naturaleza informativa, no lo es, ni tiene por qué serlo, la que yo entiendo derivada de pensamiento *revelado*. Dejemos, de momento, esto así. Revelación no es información. Creo que estamos acercándonos a la especie del fenómeno poético.

Tradición y tradiciones

Ahora mismo, defender la sola legitimidad poética del lenguaje normalizado por una relación convenida (realista, suele decirse) con lo conocido, supone un error en la perspectiva histórico-poética y una propuesta reaccionaria en lo que concierne a *las tradiciones*, de las que algo debo decir ya.

Cuando la poesía tenía funciones ampliamente sociales; cuando era necesaria para conservar saberes, excitar la religiosidad, comunicar hechos de interés general, alabar o denostar al poderoso, difundir opciones partidarias, conmemorar hazañas bélicas o, simplemente, rellenar ocio, la poesía tenía asumidas funciones que bien podemos llamar *mediáticas*. Entonces podían prevalecer en ella, enfatizados o no, rasgos predominantemente realistas, y esta consistencia se hacía dominante en el lenguaje y en el pensamiento poéticos y llegó a configurar *una tradición*.

Cuando la información se vinculó a medios tecnificados, la poesía a efectos informativos, se hizo socialmente innecesaria y carente de *sustancia propia*. Esto fue causa de que se abriese, por así decirlo, *otra tradición*. Su momento inicial se produce coincidente con la aparición de la tipografía.

Fue entonces (Garcilaso, por ejemplo, en España) cuando el lenguaje y el pensamiento poéticos empezaron a manifestarse progresivamente «autorreferentes» (tomo la expresión de Miguel Casado) o «intra-referentes» (el préstamo, en este caso, es de Jacques Ancet) y esta conducta fue causa de un ensanchamiento de los espacios abiertos en la poesía a la realidad. Y realidad pasaron a ser las *existencias intelectuales*, por ejemplo, y la poesía pasó a ser «irremediable subjetiva» (la conclusión es de Sartre en Orfeo negro). Se había producido una mutación cualitativa profunda: ella misma, *la poesía, era ya la realidad* y esto la liberaba del realismo, que pasó a ser una simple opción estilística, obligatoria en la historiografía y simplemente *impostada* en las *ficciones literarias* (imitación, descripción, representación) referentes a realidades «exteriores». Así y entonces fue la entrada en la tradición actualmente viva. Resulta penoso que aún las carencias de *simpatía histórica* entorpezcan el entendimiento de la sustancial diferencia que existe entre realismo y realidad.

Lenguajes. Pensamiento y conocimiento. Creación y revelación

El lenguaje (estamos ante un tópico obligatorio) genera conocimiento; lo genera creándolo o activándolo, que no es lo mismo. La Creación a partir del Verbo no es más que la versión mitológica de este poder generativo. La creación de conocimiento se produce en el nombre. Lo innombrado es lo Desconocido: no tiene existencia intelectual.

En lo Desconocido, en lo aún no nombrado, reside la causa del lenguaje creador, del lenguaje de revelación.

Existen, pues, dos lenguajes: el de lo Conocido y el de lo Desconocido. El primero, tengo que insistir, es informativo; el segundo «habla de lo que no existía» (entrecómico de una ponencia aún inédita de José Luis Pardo) y crea, añadido, aquello que no existía. Simultáneamente, el lenguaje creador es lenguaje de revelación.

POESÍA, EXISTENCIA, MUERTE

Estos dos lenguajes no son semánticamente equivalentes ni están constantemente comunicados entre sí: se rigen con «legislaciones» distintas. Diré aún que no existe más que un lenguaje de creación-revelación: el lenguaje poético.

Sin duda, en su aplicación a lo conocido (la realidad dada y objetiva), el lenguaje informativo acrecienta el conocimiento y, también sin duda, se trata de un mecanismo muy importante para la vida. Sus cualidades exigibles tendrán que ver con la univocidad, la claridad y la potencia denotativa. Necesariamente, ha de permanecer en los términos de un código *establecido*. Estos límites son, precisamente, su definición. Tendrá su posibilidad más fuerte en ampliarlos impulsado por la investigación (así ocurre en el lenguaje científico), y podrá incurrir también en campos subjetivos generalizables (emocionales, sentimentales...) de la existencia. Podrá decir, por ejemplo, cosas tan serias como «te amo». No es poco, pero no es más. No se trata, desde luego, de un lenguaje en libertad y para la libertad.

Si la confusión de que he hablado páginas atrás (la con-fusión privilegiada de una causa musical y una causa significativa, permítaseme recordarlo) se acepta como razonable, podremos convenir también, mediante una suave licencia, que el pensamiento poético es un «pensamiento que canta». Quiere decirse que «el pensamiento que canta» es «otro» pensamiento; que no está vinculado a los juicios comunes, a la investigación o a los sistemas; un pensamiento que se origina precisamente en la disolución de la normativa común del pensar, en un espacio en el que las presencias son realidad en el símbolo y el símbolo no remite obligatoriamente a otras realidades que las que lleva consigo en su corporeidad verbal.

Pasando a la concreta especificidad del conocimiento poético, tenemos que hacernos urgentemente una pregunta: ¿Qué clase de conocimiento es éste?

No es el conocimiento de la realidad objetiva tal y como nos lo ofrecen ahora mismo la ciencia y las tecnologías; no es el conocimiento, insisto, de la realidad ya explicada por otros medios. Lo diré de una vez: la poesía genera, primordialmente, *conocimiento de la realidad que ella misma crea y que ella misma es*. No necesita, aunque pueda hacerlo en un régimen secundario, referirse a realidades exteriores. Por eso, en nuestra tradición, he destacado más arriba dos atribuciones muy valiosas: la poesía, hoy y en su consistencia principal, es autorreferente o intrarreferente.

Lo comunicable

Con estas dos potencias (¿o se trata de una misma y sola potencia?), la poesía dice, por encima de todo, aquello que no puede decirse fuera de ella; lo que, simultáneamente, puede ser lo uno y lo otro, lo mismo y lo contrario sin entrar en incoherencia, porque el acto poético, en cuanto tal, se afirma incuestionable y evidente. Esta coherencia será su «marca de calidad». La poesía puede decir aquello que no es verdad más que en su interior y, como he apuntado antes, la imposibilidad «exterior» es superada por un acto de creación. Recuérdese: aparece una existencia intelectual que nada tiene de precaria, de modo análogo a como sucede con los sueños, que —lo sabe la ciencia— son determinantes en nuestras vidas. No vale ignorarlo: *la poesía es una realidad que nace al revelarse, una existencia cuya naturaleza es la revelación*.

Las funciones aún vivas de la poesía

En el actual pragmatismo histórico, el lenguaje y el pensamiento poéticos parecen tener un lugar y una importancia menores. Vivimos en una realidad cruelmente objetivada y utilitaria, pero, en los espacios de soledad, minoritaria pero aún fuerte, se hace presente la inclinación «primitiva» a conjurar el sufrimiento y la muerte con un lenguaje aprendido cuando el mundo era sagrado.

La poesía históricamente solvente mantiene una relación dialéctica con ese pragmatismo histórico: frente al poder de los hechos objetivos ha radicalizado la subjetividad; la progresiva masificación ha agudizado los individualismos; las apariencias de racionalidad han suscitado apariencias de irracionalidad; las formas, declaradas o encubiertas, de no-libertad han sido causa de una libertad excitada del imaginario.

Parece, dentro de este escrito, que este es el momento, ya un tanto demorado, de hablar del pensamiento en su historicidad actual para distinguir, dentro de ésta, la peculiaridad, también actual, del pensamiento poético. No ignoro que existen demarcaciones planetarias en las que el subdesarrollo conserva, «cuajados», restos de pensamiento primitivo, pero yo voy a referirme a la parcela desarrollada en la que, al parecer, nos encontramos, a la conducta del pensamiento en esta parcela y, finalmente, a la especie, los contenidos y el cometido del que pueda identificarse como pensamiento poético en esta región planetaria.

La democracia *interpretada* en que vivimos se identifica con un neoliberalismo falaz que segrega un pensamiento programadamente *débil*. esto es diariamente verificable en la apropiación y el uso que el Poder hace de las tecnologías y los instrumentos informativos. El poder globalizador, con el que no puede compadecerse ni la más degradada noción democrática, va a intentar —y seguramente a conseguir— una anulación o asimilación también «global» del ya minoritario pensamiento crítico, y también del pensamiento «fanático» que se genera en reservas registradas aún por «primitivismos» visionarios. La «privación de sentido» (es éste un concepto elaborado por el poeta español, recientemente fallecido, José Ángel Valente) es, cada día más, el «arma pesada» del poder. Está especialmente dirigida a las conciencias.

Con todo, la poesía, ajena a valores de mercado y carente de operatividad fuera de reductos íntimos, es una forma de resistencia. En la subjetivación radical ya señalada, en la condición crípticamente subversiva de su lenguaje (no en programas temáticos ni en la explicitación ideológica, como pensó, en términos de simpleza, la llamada «poesía comprometida»), están implicadas fuerzas desproporcionadamente menores pero cuyo signo es, de alguna manera, revolucionario. No se trata de las envejecidas tipicidades revolucionarias. Se trata de una revolución «otra», como «otra» es también la tipicidad de la opresión. Se trata, con seguridad, de una revolución sin esperanza, pero ahí está.

La poesía, ajena a valores de mercado y carente de funciones «externas», es, por ello, precisamente por ello, la única actividad que, ahora mismo, puede ignorar los «mandatos» de las finalmente integradas formas del Poder, la única actividad que puede escapar al gregarismo. En la subjetivación radical, en la amplificación «anormal» del lenguaje, ahí ha germinado la mutación cualitativa que hace de ella una fuerza —débil, hay que decirlo, pero real— de oposición; ahí, en la intimidación moral y estética del lenguaje, brota una función que ha tipificado con gran exactitud el filósofo español José Luis Pardo: «El poder de la palabra *para deshacer los significados establecidos* es, sin duda, un poder subversivo y liberador». Es necesario añadir que lo es en términos minoritarios, pero esta incorregible circunstancia no anula el hecho de que sea la «agitación lingüística» la justificación histórica de la poesía.

La poesía no ignora la realidad exterior. Sabe que esta realidad se da en un mundo difícilmente amado, organizado según normas de injusticia. Sabe —con dificultad, pero sabe— que acomodarse en el pensamiento débil es una inmoralidad; consciente o inconsciente, pero inmoralidad, y que la banalidad cotidiana, entendida como un valor poético, resulta grotesca frente a la gravedad de vivir y morir en ese mundo. Desde esta convicción, digo que el lenguaje domesticado se opone estúpidamente a la poesía. La poesía, si lo es, sabe que sólo tiene sentido en la rebeldía del lenguaje y del pensamiento *utópicos*; en el lenguaje y el pensamiento que resultarán irrealistas y anormales respecto a la despreciable «normalidad» de la existencia *dirigida*. Es cierto —bien lo sabemos en España— que algunos fascistas del pasado dieron en decir que «al mundo lo movían los poetas». Falso; no es eso, pero sí es verdad que sólo la rebeldía de la crea-

POESÍA, EXISTENCIA, MUERTE

ción libre puede ser crítica y mantener una compostura moral frente a la actual crueldad «suave» del Poder «democratizado». La poesía no es, en modo directo, un instrumento para transformar el mundo, pero sí un instrumento para *afilarse* las conciencias. Se trata, quizá, de la última resistencia y es una resistencia con valor moral. Contrariamente, acomodar la poesía a la convención de una normalidad criminal, es, a su vez, una estupidez pasivamente criminal.

En España, ahora mismo, se postula —ya lo he insinuado, creo— una poesía (?) articulada con significaciones (con no-significaciones, más precisamente) que resultan armónicas con las emanaciones pseudosemánticas del poder. Entristece. Pero, por algunos de nosotros, —permítaseme un romanticismo palabresco— «no pasarán». No ignoro que esta fue una exclamación fracasada. Puede no ser más que una argucia inconsciente para no despreciarme a mí mismo.

La poesía no es literatura

Hasta aquí, excurso acumulado sobre la materia poética y, finalmente, referido a la circunstancia existencial. ¿Por qué ahora un epígrafe tan aparentemente técnico como «La poesía no es literatura»? Trataré de justificarlo. No sin algunos retornos redundantes al texto precedente.

Pienso que existe una «reserva» del pensamiento *no privado de sentido*, ligada sólo a una minoría capaz de *interiorizar* una última resistencia. Esta «reserva» sólo podrá vincularse a la poesía, es decir, a una escritura de signo apocalíptico que no se presta a la «representación» de un mundo globalmente «interpretado» por el Poder. Sabemos que esta escritura carecerá de voluntad de *éxito dentro del consumo globalizado* (caracterizador ahora mismo de la ficción literaria). Podemos estar seguros, incluso, de que *esa escritura no será literatura*. Lo verificaremos más fácilmente si advertimos que, también ya y desde siempre, *la poesía no es literatura*. La poesía real, quiero decir, no la pseudopoesía acomodaticia.

La literatura es, ciertamente, una producción humana en ocasiones grandiosa, pero *la literatura es ficción y la poesía es realidad*, y en esta realidad se amplían y se intensifican nuestra conciencia y nuestra vida y no en la ficción.

Ceñido a su cuerpo incandescente, interiorizando la resistencia frente a una existencia globalmente interpretada, siento que la poesía es un territorio de dolorosa libertad. Diré por qué.

La literatura *representa* y, con independencia de su importancia estética, no es más que *ficción*; la poesía *crea* y *revela* y, sobre todo, no es ficción ni representación ni (léase, disculpando sus excesivas apoyaturas en la gramática, a Kate Hamburger) «se parece a la vida». ¿Qué es, entonces, la poesía? Lo diré de una manera económica: *la poesía es parte de la vida*, es su emanación más intensa y es una realidad a la que pueden traerle sin cuidado «los realismos» materia de mercado. Debo añadir (estas precisiones «técnicas» son, a veces, necesarias) que *es una emanación de la vida con independencia del género en que se manifieste*. Aristóteles hablaba de «un género que carece de nombre». He aquí una vieja y genial intuición en la que se superan todas las convenciones académicas posteriores y se desprecian los «valores de la ficción» (la *imitación* aristotélica no consiste exactamente en «parecerse a»).

También puede ser útil acudir a los ejemplos personalizados. Veamos: Galdós es un gran literato, pero San Juan de la Cruz *no es un literato*; Balzac o Stendhal son grandes literatos, pero Vilon o Rimbaud *no son literatos*; Thomas Mann es un gran literato, pero Kafka *no es un literato*. Podría seguir.

Podemos, pues, ser desesperadamente optimistas. La literatura va a ser globalizada, pero la poesía no es literatura. Al fin y al cabo, la poesía existe porque sabemos que vamos a morir y la poesía es, ha de ser, sobre todo ahora mismo, un lenguaje desesperado, semánticamente libertario, subversivo en relación con los significados «globalizables» que se compadecen con el poder en el interior o en la proximidad del pensamiento único (programadamente *débil*, he dicho más arriba).

Dentro de estas convicciones, mi poesía intenta ser fiel a las causas que la hacen existir.